

Carlos Alberto Rodríguez Ramírez

La constitución ontológica de la Persona según Juan Pablo II

Summary: *In his work as a philosopher John Paul II has written serious studies about the ontology of human person. Precisely, this paper analyzes some of those reflections. The author explains the main components of human nature, the importance of action as an integrated and moralizing element, and the aim of human acts as transcendence to God.*

Resumen: *En su labor de filósofo Juan Pablo II ha realizado serios estudios sobre la ontología de la persona humana, precisamente este artículo pretende exponer algunas de sus reflexiones al respecto. Se analiza como el autor explica los principales componentes de la naturaleza humana, la importancia que le da a la acción como elemento integrador y moralizante, y la finalidad de los actos humanos como trascendencia hacia Dios.*

Después de muchos siglos de desarrollo de la especie humana, siguen surgiendo gran cantidad de interrogantes sobre sí misma, incluso aún no se han respondido algunas preguntas que se plantearon en los albores de esta especie. Por eso, no deja de ser sorprendente que el ser humano, que es quien interroga a lo que le rodea y con frecuencia obtiene respuestas muy satisfactorias, como lo demuestra el progreso científico y tecnológico;¹ cuando se refiere a sí mismo por sí mismo, es un misterio, continúa con más preguntas que respuestas.

Así, paradójicamente el ser humano ha llegado a niveles muy altos en cuanto el saber, pero también ha llegado a tener una crisis de identidad, donde como persona es lo más cercano a sí mismo, pero al mismo tiempo permanece como una

incógnita para sí. En ese sentido, la antropología filosófica adquiere gran relevancia en el actual momento histórico, cuando más que nunca se plantea el significado de la existencia del ser humano. Dentro de esta compleja coyuntura actual, nos encontramos con un planteamiento antropológico claramente definido, del actual jerarca de la Iglesia Católica, Juan Pablo II, quien ha realizado serias investigaciones en el campo filosófico,² especialmente en la ética y la antropología filosófica en su carácter de filósofo más que de religioso. En ese sentido, expondremos algunas de sus ideas al respecto.

1. La Persona como unidad psicosomática en Juan Pablo II

Según este autor, al hablar del ser humano nos referimos en primera instancia a su cuerpo. La inteligencia se da por un cuerpo y a través de un cuerpo. De acuerdo con Juan Pablo II, lo primero que captamos del hombre es su constitución somática, es decir, el cuerpo humano, que "es material, es una realidad visible, que es accesible a los sentidos; el acceso se tiene principalmente desde el "exterior"...".³

Con el uso del término soma, según Juan Pablo II, no sólo nos referimos a lo exterior de la persona, sino también al organismo que hace referencia, "al sistema y al funcionamiento conjunto de todos los órganos corporales".⁴ Así tenemos que el soma tiene un aspecto externo, que es la forma del cuerpo y un aspecto interno, que se refiere al organismo humano.

Juan Pablo II se refiere, en uno de sus discursos, a la importancia que tiene el cuerpo en la formación del concepto de persona, cuando nos dice:

“Si la descripción originaria de la conciencia humana, sacada del texto Yahvista, comprende en el conjunto del relato también al cuerpo, se encierra como el primer testimonio del descubrimiento de la propia capacidad (e incluso como se ha dicho, la percepción del significado del propio cuerpo humano), todo esto se revela, basándose no en algún análisis primordial metafísico, sino en una concreta subjetividad bastante clara del hombre. El hombre es sujeto no sólo por autoconciencia y autodeterminación, sino también a base de su propio cuerpo. La estructura de este cuerpo es tal, que le permite ser el autor de una actividad puramente humana. En esta actividad el cuerpo expresa la persona”.⁵

Pero el ser humano no sólo es cuerpo o soma. Existe en él otro elemento esencial que lo trasciende a niveles superiores en la escala de la evolución: la psique. La unión de estos elementos le da características apropiadas de persona a ese cuerpo humano, es decir, el ser humano se constituye como una unidad psicósomática.

El conocimiento y la experiencia que tiene el hombre sobre la realidad exterior a sí mismo implica siempre una experiencia del propio yo. Por eso afirma el Papa Wojtyła: “Nunca se experimenta nada exterior sin al mismo tiempo tener una experiencia de sí mismo”,⁶ porque el hombre es fundamentalmente interioridad. Por esta razón es necesario acercarse al concepto de psique.

De acuerdo con Juan Pablo II, lo primero que conoce el ser humano, lo conoce por la experiencia sensible, que representa la experiencia en su forma más elemental. Así empiezo a conocerme conociendo. Nótese la influencia de los postulados aristotélico-tomistas que afirman que el conocimiento, incluido el de Dios y los aspectos espirituales, se originan en las percepciones sensibles.

El hecho de que todo conocimiento parta de los sentidos, no significa que todo conocimiento acabe en los sentidos, pues, como dice Santo Tomás:

“En la parte sensitiva hay dos operaciones: Una, que consiste sólo en la inmutación; tal es la operación del sentido que se lleva a cabo por la inmutación que en ellos produce el objeto sensible. Otra, formativa, cuando la potencia imaginativa forma la imagen de algún objeto ausente o nunca visto. Y en el entendimiento se hallan unidas estas dos operaciones”.⁷

En este sentido, hay muchos elementos de la realidad que la persona desmaterializa cuando se da el proceso de conocimiento; por ejemplo, el yo, como sujeto cognoscente que es, al escuchar una pieza musical la conoce de alguna manera, se apropia de ella, o, si se quiere, la pieza musical

como objeto del conocimiento penetra en él; puede no estarla escuchando ya, pero está desmaterializada en él porque conoce el contenido. Es decir, el conocimiento orienta a la inmaterialidad, como lo expresa Santo Tomás: “La inmaterialidad de un ser es la razón de que tenga conocimiento, y a la manera como sea inmaterial, es inteligible”.⁸

La experiencia sensible de conocer x pieza musical, remite al amante de la música al yo interior, a esa parte es a la que se llama psique, por eso afirma Wojtyła:

“Las funciones de la psique son “internas” e “inmateriales”, y, aunque internamente estén condicionadas por el soma con sus funciones propias, no se puede reducir de ningún modo a lo somático”.⁹

La interioridad del hombre no referida al organismo, sino a lo inmaterial, hace alusión no solo a las funciones psíquicas, sino también al plano espiritual. Wojtyła nos aclara que si bien:

“el término psique significa alma, no se trata de términos sinónimos. Psique se refiere a aquello que hace que el hombre sea un ser integral, a lo que determina la integridad de sus componentes, sin que por ello sea de naturaleza corporal o somática”.¹⁰

Es decir, para Wojtyła psique se identifica con conceptos como conciencia, pensamiento, conocimiento, razón.

De acuerdo con este autor, el aspecto somático y el aspecto psíquico están estrechamente relacionados, y el elemento integrador es la acción, que depende obviamente de la existencia humana. Por eso, la existencia del hombre es la causa de la existencia del actuar.

Pero el elemento esencial en la integración de la persona, expresa Juan Pablo II, es el alma, de modo que la persona es más que una unidad psicósomática, como hasta aquí se ha descrito.

La persona no es una dualidad, sino que es integración, en este sentido, el pensamiento wojtyliano coincide con las afirmaciones de Triana, cuando al analizar el pensamiento de Gabriel Marcel, señala:

“Mi cuerpo tiene prioridad absoluta frente a toda instrumentalización. No es mi cuerpo el que utiliza o el que percibe, soy yo quien utiliza y quien percibe, porque yo soy mi cuerpo”.¹¹

En el pensamiento de Wojtyła se especifica de esta manera la subjetividad del ser humano: el Yo se manifiesta en forma integral en la acción, que

es la vía de adquisición de la experiencia y de la presencia de la conciencia. La acción, por lo tanto, presupone a la persona. Por medio de la acción se considera a ésta como alguien con capacidad de experimentar y de conocer, lo que significa, experiencia y conocimiento de sí mismo, lo que, a su vez, implica libertad y afirmación de la subjetividad. De esta forma, Wojtyla coincide con pensadores como Luypen, quien escribe:

“La autonomía ontológica se revela con más fuerza en las acciones humanas porque, en cuanto una acción es humana, su fuente es el propio hombre”¹²

Cuando Wojtyla analiza la ética de Max Scheler,¹³ concluye que éste adopta una teoría actualista de la persona, es decir, que la persona depende de los actos que realiza en la experiencia. Nuestro autor coincide con el filósofo alemán, cuando en su denso libro *Persona y acción* asegura que “son las acciones del hombre, su actuar consciente, las que hacen de él lo que y el que realmente es”.¹⁴

En este sentido, cabe también la aseveración de que Wojtyla admitiría la idea sartreana, según la cual: “el hombre no es otra cosa que lo que él se hace”.

Este nos permite afirmar que el hombre es la suma de sus actos, y que los mismos se juzgan como buenos o malos; por eso, la acción “por el lado del hombre, designará la experiencia espiritual integral”,¹⁵ como la expresa Mounier.

2. La acción como acto voluntario de la persona

En este esbozo de la concepción ontológica del hombre, siguiendo la línea del Papa polaco, hemos descubierto que el hombre es un ser de actos y que la acción nos presupone a la existencia del hombre.

El término *acción*, adquiere una connotación filosófica muy importante en el pensamiento Wojtyliano. La acción es el mejor acceso para penetrar en el interior de la persona y así ampliar el conocimiento sobre ella. La experiencia obtenida implica, en primer lugar, una experiencia de sí mismo y también de las demás personas, desarrollándose una experiencia intersubjetiva, que le permite por lo general enriquecer y mejorar sus actos, lo que se refleja en el desarrollo cultural. Por eso, “no se puede comprometer en una acción quien no compromete en ella al hombre en su totalidad”,¹⁶ como dice Mounier.

La acción, así entendida, es un acto consciente, libre, voluntario y responsable, que presupone un sujeto que la origina y la experimenta, “Esa es la base que permite actualizar la relación dinámica, o más bien la interrelación entre persona y acción”.¹⁷

Si las acciones que ejecuta el hombre son voluntarias, se pueden juzgar como buenas o malas. Esto es, que la acción lleva implícito un valor moral. Juan Pablo II, siguiendo la ética cristiana, establece que esa moralidad se da a conocer en el imperativo del deber. Así:

“la conciencia es un acto de la vida interior de la persona, y consiste en la convicción acerca del bien moral de un determinado acto que obliga a realizarlo, o en la convicción sobre el mal de un determinado acto, que obliga a no realizarlo”.¹⁸

Ahora bien, en última instancia la mayoría de los actos del ser humano persiguen esclarecer la verdad; es más, este elemento es esencial para que se dé la posibilidad del conocimiento y la trascendencia de la persona. Por eso es importante hacer referencia a la voluntad.

Al hablar de voluntad, según Wojtyla nos referimos a querer o desear, más que a conocer o saber,¹⁹ lo que significa que la estructura dinámica de la voluntad no es de, naturaleza cognoscitiva, aunque al relacionarse en forma directa con la búsqueda de la verdad, depende internamente del conocimiento.

En especial, la voluntad tiene que ver con la capacidad de decisión, pero antes de decidir debe haber conocimiento, pues nada puede ser objeto de aquélla, sin antes ser algo conocido; en este sentido, la voluntad es orientada por un conocimiento objetivo.

A su vez, existe otro elemento en la voluntad que cumple una función subjetiva, que es la conciencia. Porque todo acto volitivo se califica como bueno o malo, hace a una persona buena o mala, ya que de acuerdo con Wojtyla,

“la conexión entre inteligencia y voluntad aparece explícita sobre todo en el acto de la conciencia, esto es, en el acto en que cada uno valora la razón del bien o del mal inherente a una acción concreta. Formar la propia conciencia aparece así como un deber inaplazable. Formar la conciencia significa descubrir con claridad cada vez mayor la luz que encamina al hombre a lograr en la propia conducta la verdadera plenitud de su humanidad”.²⁰

En la estructura del ser humano como persona, se encuentra la naturaleza de la voluntad. Wojtyla,

al estudiar la voluntad, describe una serie de propiedades que la integran. Así aparece un primer elemento que llama autodeterminación, "que es la base dinámica propia para el devenir (*fieri*) de la persona, presupone una complejidad especial en la estructura de la persona".²¹

Sólo las cosas que posee el hombre se pueden determinar. Así, si se posee a sí mismo, se autodetermina, lo que nos demuestra que es dueña de sí misma. He aquí que la relación que se genera en el interior de la persona, de autoposesión, es esencial; Wojtyła es enfático al señalar este aspecto: "Sólo puede ser persona quien tenga posesión de sí mismo y sea, al mismo tiempo, su propia y exclusiva posesión".²² Esta posesión de sí mismo está en constante devenir, puesto que la persona no es un ser acabado, sino que está en proceso de realización. De ahí que un propósito del ser humano es la autoposesión, para ser persona.

Al darse la posesión de sí mismo aparece la capacidad de gobernarse a sí mismo, que no es simplemente la capacidad de controlarse; el autogobierno es, en lo fundamental una relación directa con el ser interno del hombre, su psique, o sea, con su estructura personal.

En el mismo dinamismo de la voluntad se manifiesta la autodeterminación, que implica a su vez autoposesión y autogobierno; esto se refleja en la experiencia del "yo quiero". De esta manera la subjetividad del ego humano se dirige al exterior, objetivando el ego en cada "yo quiero". Esta experiencia del "querer", nos demuestra que todo acto volitivo es un acto de algo, es decir, un acto intencional.

Este acto volitivo no solo es un acto hacia el exterior, se da también la objetividad interior, ya que "la realización de una acción es, al mismo tiempo, la realización de la persona".²³ Por eso, la persona es metafísicamente objeto y sujeto, es alguien y no algo como los demás seres; así, a su vez, representa su propio soporte óntico-ontológico.

3. La elección: acción vital de la persona

El ser humano, en cuanto autor de sus actos, es responsable de ellos, lo que presupone la obligación; es decir, el hombre es responsable de cualquier acto, cuando haya debido hacerlo o cuando no debió haberlo hecho. Si se equivoca en su elección, aparece la experiencia de la culpabilidad, entendida también, por Wojtyła, como la experiencia del pecado o del mal moral.

Estas, consideraciones manifiestan que en el análisis de la persona debe incluirse necesariamente el tema de la verdad, que se encuentra vinculado con el conocimiento y la voluntad, lo que permite comprender en Wojtyła la trascendencia de la persona, que es acción.

"la dignidad propia del hombre, esa que se le ofrece al mismo tiempo, como don y como tarea que realizar, se halla estrechamente vinculada con la referencia a la verdad. El pensar en la verdad y el vivir en la verdad son sus componentes indispensables y esenciales".²⁴

El tema de la verdad presupone la libertad humana, porque somos nosotros como sujetos quienes elegimos espontáneamente lo que queremos ser, y esa elección se juzga, mediante referencia a la verdad, como buena o mala. Por eso, la ética es muy importante porque establece las normas morales, que contribuyen al surgimiento de la obligación en la conciencia humana.

La libertad es una característica propia de la especie humana. De esta forma, ser Persona implica ser libre, pero no de manera absoluta, puesto que su autonomía ontológica no se da sin el cuerpo y el mundo, porque el hombre es temporalidad, en este sentido Wojtyła coincide con posiciones como la que afirma:

"La subjetividad -en-el-mundo entraña abrirse paso en el determinismo; del cosmos. Significa libertad. Sin embargo, el sujeto no sólo está en-el-mundo, sino también "activamente" en-el-mundo: es la ejecución del proyecto que él mismo es trascendencia. Hasta como trascendencia el sujeto es libertad e irrumpe en el determinismo del cosmos en cuanto ninguna facticidad determina la acción del sujeto en tanto acción humana".²⁵

Luyten y Wojtyła coinciden, al sostener, que el hombre en sus actos manifiesta la libertad, porque él no permanece pasivo, sino que es construcción permanente. Además sostienen, que el hombre es un ser trascendente, lo que le da sentido a su existencia.

Algunos pensadores contemporáneos enfocan a este ser humano como un ser inmerso en el mundo,²⁶ como un proyecto que busca realizarse y cuya tarea consiste, en tener que ser y, al mismo tiempo, ser capaz de ser,²⁷ como, un sentido a la existencia del mundo.²⁸

En efecto, el ser humano es un constante hacerse. De esta forma se revela para sí mismo como un ser libre; por otro lado, de acuerdo con Juan Pablo

II, entre el hombre y el mundo existe una distancia, la que consiste en libertad; él es alguien que tiene conciencia de su existencia y de la existencia del mundo, que tiene razón de ser, porque la persona lo piensa, mostrando así superioridad ontológica sobre el ser de las cosas. Esta conciencia de sí mismo y su entorno, representa: "el conocimiento dinámico de un sujeto que siempre se afirma y continúa afirmándose, porque no puede poseerse inmóvil".²⁹

Podemos observar cómo el planteamiento del Papa Wojtyła coincide en este sentido, con los postulados fenomenológicos y otras filosofías contemporáneas. Ya hemos señalado la importancia de la realización de las acciones, porque éstas representan al mismo tiempo la realización de la persona, que es libertad.

Al ejecutar la acción, el ser humano manifiesta su capacidad de elegir. De esta forma sobresale la voluntad, lo que según Wojtyła, le permite fundamentarse a sí mismo como alguien y, más aun, como alguien libre, que busca la verdad como ser trascendente. Así se deduce de las palabras dichas al intelectual francés André Frossard:

"Por tanto, la libertad es en el hombre una facultad de autodeterminación responsable. Se encuentra en el centro de la trascendencia propia al hombre como persona. Reside también en la base de la moral, donde se manifiesta como una capacidad de elección, capacidad para varias elecciones distintas, sí, pero en primer lugar como una facultad de elección entre el bien y el mal, según el sentido moral de estos términos; entre el bien y el mal identificados por una recta conciencia".³⁰

Todas las acciones del ser humano, por más externas que sean, siempre permanecen en alguna forma en su interior. Así, sucede que paradójicamente, "la libertad es aquello que me abre a lo real, pero también aquello que me ata, frecuentemente por una dependencia interior, la dependencia de la verdad".³¹ Por lo tanto, la búsqueda de la verdad nos hace dependientes de nosotros mismos y a la vez independientes de los otros y de las cosas.

El acto volitivo, por lo tanto, implica la elección, que conlleva tomar decisiones según el principio de la verdad. Pero no olvida Wojtyła, que desde la Edad Media algunas corrientes filosóficas han concebido la naturaleza de la voluntad con el *appetitus rationalis*, así, afirman que nada es objeto de la voluntad si antes no se ha conocido. Para Wojtyła, lo que se da es una estructura dinámica, donde se conjugan conocimiento y voluntad, pero lo primero no

es la única condición para que se dé lo segundo, porque si bien es necesaria la presentación cognoscitiva de los objetos, la elección es propia de la voluntad y surge por la motivación, acto por el cual se renuncia a objetos y valores por asumir un solo objeto o valor, por lo tanto, si bien acepta que influye el conocimiento en la voluntad, afirma que:

"Esta influencia no equivale a la libertad de cambiar "a voluntad" la naturaleza de lo conocido o los procesos de conocimiento y pensamiento; la voluntad reconoce los objetos en cuanto conocidos, pero propone e impone tareas específicas al conocimiento y al pensamiento; el reconocimiento y elección de estas tareas se producen en relación con la verdad referida al bien en el momento de deliberación de la voluntad. El "querer", por su propia relación con la verdad, está esencialmente condicionado por el "conocer" y el "saber", tanto más cuanto que al principio nos sentimos tentados de concluir que esta dependencia es unilateral, sin prestar la debida atención al otro lado, es decir, a que el conocimiento se ve específicamente influenciado por la demanda del mismo realizada por la voluntad".³²

Sin embargo, la posición Wojtyliana no da mayores luces al respecto de la voluntad y el conocimiento en el acto del elegir, se queda según nuestro criterio en un buen intento de análisis fenomenológico.

En nuestro criterio, si bien el acto volitivo se articula en la inteligencia, la integración como tal, va más allá de la razón, porque la integración volitiva, también surge de la existencia misma, que no es reducible sólo a lo racional, de tal modo, que el acto libre, tiene sentido en el compromiso que tiene el ser humano de elegirse eligiendo.

Con respecto al yo interior, eje de todo acto humano, sostiene Wojtyła que se estructura con:

"Todo eso: conciencia, verdad, responsabilidad, libertad, forman un conjunto, el de la interioridad humana que, si bien se sustrae a los sentidos, se nos alcanza en una experiencia de gran intensidad. Es la experiencia del hombre, más aún, la experiencia de la "Humanidad". Aquello por lo que el hombre es, final y esencialmente, hombre".³³

Con esta posición concordamos plenamente.

4. Felicidad y trascendencia, objetivos primordiales de la persona

Si el ser humano, como persona, opta en sus acciones por estar acorde con la verdad, estas

acciones se pueden juzgar como buenas. Juan Pablo II admite que en muchas oportunidades, la decisión que asume la voluntad humana puede estar equivocada, cuando esto ocurre surge "la experiencia de culpabilidad o pecado".

De esta manera, para el pensador polaco, la voluntad siempre hace referencia a la verdad, porque sólo así se comprende el comportamiento moral de la persona:

"Dicho en pocas palabras, en la oposición entre bien y mal que dirige la conducta moral se da por supuesto que en la actuación humana la volición de cualquier objeto se realiza de acuerdo con el principio de la verdad respecto al bien representado por estos objetos".³⁴

Es necesario señalar entonces, según este criterio, que estas acciones pretenden hacer del hombre una persona feliz. Al hacer el bien, el hombre es bueno en sí mismo, lo que significa que se autorrealiza mediante la acción. Si su acción es contraria a la idea del bien, apuntará al opuesto de la felicidad: la aflicción y la desdicha.³⁵

La búsqueda de la verdad es esencial para el conocimiento humano, porque representa el sentido de su existencia. En la verdad -nos advierte Juan Pablo II- hay una dimensión divina, ya que forma parte de la esencia de Dios, que "constituye el fundamento de la felicidad definitiva de la persona humana en Dios según la doctrina revelada, mientras que su privación es el fundamento de la desdicha final de la persona humana, por el rechazo de Dios".³⁶

Según Wojtyla la idea de felicidad es propia sólo del ser humano, y su verdadera dimensión en el gozo de la esencia Divina, por tanto, para este pensador el valor moral positivo por excelencia y el objeto de la felicidad última del hombre es Dios. De esta manera, Wojtyla afirma que la felicidad se refiere más a la estructura personal, trascendente y espiritual.

Desde nuestra perspectiva esta posición si bien muy respetable, es excluyente (aunque Wojtyla no lo afirma directamente) de la felicidad propia de las experiencias emocionales, donde a través de las acciones la persona actúa éticamente acorde al bien, el cual no tiene que ser exclusivamente religioso, ni el establecido por cualquier autoridad o tradición. Es excluyente porque no podemos negar el derecho a que existan personas con otros criterios éticos.

Los términos verdad-bien y felicidad están íntimamente relacionados en el filósofo Wojtyla, para

obtener estos fines, él propone el seguimiento de normas morales que responden a un orden objetivo, al respecto agrega: "La conciencia no legisla, no crea normas; más bien lo que hace es descubrir las, por así decirlo, en el orden objetivo de la moralidad o la ley".³⁷ Lo que contradice en parte lo expresado por el Papa Juan Pablo II, cuando fundamenta la moralidad del acto humano "en aquella doble redacción de la ley moral: la que se encuentra escrita en las tablas del Decálogo de Moisés y en el Evangelio, y la que está esculpida en la conciencia moral del hombre".³⁸

Una de las normas éticas a las que Wojtyla le da más énfasis, es al mandato bíblico "amarás". Para él este imperativo cristiano de "amarás" se da en forma comunitaria, y apela a la subjetividad del otro, sin impedir su autorrealización, y permite, a su vez, el desarrollo de una comunidad verdaderamente humana.

La realización de ese imperativo positivo "amarás", va ligada a la búsqueda de la perfección moral. Esa perfección implica que "hay que tomar como modelo a una persona que posea realmente esa perfección. Y por tanto, la manifieste".³⁹ Esta ética personalista desarrollada por Wojtyla supone, en primer lugar, que es posible este ideal de perfección de la persona y, en segundo lugar, que existen personas realmente perfectas o que aspiran a la perfección. Así, el modelo por excelencia es "Jesucristo, el más alto modelo de perfección moral, y luego sus discípulos y seguidores, quienes gracias al seguimiento del modelo primario de Cristo, se hacen, a su vez, modelos para los demás".⁴⁰

Finalmente hagamos mención de la trascendencia de la persona. El ser humano no puede eludir el problema de la muerte como situación límite, porque es un ser dependiente del tiempo y el espacio y, por lo tanto, es un ser sometido a las leyes de la naturaleza; sin embargo, en la concepción cristiana, también este ser tiene una dimensión encauzada a lo infinito, a lo absoluto. Así nace la trascendencia de la persona.

Esta naturaleza espiritual de la persona, de acuerdo con Wojtyla, le permite superarse:

"tendiendo hacia Dios y de este modo supera también los límites que le imponen las criaturas, el espacio y el tiempo, su propia contingencia. La trascendencia de la persona se halla estrechamente vinculada con la referencia a Aquel que constituye su base fundamental de todos nuestros juicios sobre el ser, sobre el bien, sobre la verdad y sobre la belleza. Se vincula con la referencia a Aquel que es también totalmente otro, porque es infinito".⁴¹

Metafísicamente hablando la persona es una síntesis de lo finito y lo infinito, de lo material y lo espiritual; por eso, según Wojtyła la persona se realiza desde la perspectiva de la trascendencia, porque lleva en sí la semilla de la eternidad. Cabe aquí perfectamente el pensamiento pascaliano, de que el hombre es "una nada en comparación con lo infinito, un todo en comparación con la nada: un término entre el todo y nada".

Para Juan Pablo II, la persona muere en el mundo material, pero se supera a sí mismo, por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios y porque en la conciencia existe una dimensión de la vida eterna, donde la persona trasciende hasta Dios, por eso "puede decirse que, gracias a la conciencia, toda estructura de la persona está orientada escatológicamente".⁴²

De esta manera en el pensamiento del actual Papa, se deja patente, que el sentido de la existencia de la persona, se encuentra en la búsqueda de Dios, siguiendo el modelo por excelencia que es Jesucristo. Es decir, en última instancia los valores sacros corresponden a la finalidad más alta y definitiva de la vida humana, permitiendo así la plena autorrealización de la persona.

A modo de conclusión

En la fundamentación metafísica de la persona, que hace el Papa Wojtyła, analizamos que en la naturaleza humana se integran los aspectos somáticos y psíquicos que posibilitan el desarrollo de la formación del sujeto como un ser autónomo, libre, con capacidad de decidir y de buscar la verdad.

Asimismo en la formación del ser humano como persona, destacamos como para Wojtyła, *la acción* le permite reafirmar su subjetividad y su intersubjetividad, en ese sentido coincidimos con este autor, en que al ejecutar las acciones el ser humano se asume integralmente y se compromete en su totalidad, porque la acción es la manifestación libre y voluntaria de la persona.

Ciertamente para Wojtyła la acción es trascendente, alcanzando la norma ética, que enfatiza -según este autor- en la primacía del amor, que siempre supone al otro y a Dios. Según nuestro criterio, en efecto el acto debe ser libre y voluntario, lo que implica un autodomínio y autoregulación del ser humano, pero también no se debe dejar de lado, que el individuo está determinado histórica y socialmente y, por ende, este contexto de alguna

manera condiciona parcialmente los actos del ser humano, que depende no sólo de una norma ética, sino también de normas sociales-jurídicas y en algunos casos religiosas, aunque ahora con menor frecuencia.

El autor estudiado, hace énfasis en una posición moral sustentada en la cristiandad católica, con él coincidimos en la importancia de la primacía del amor en la relación intersubjetiva, pero también observamos que una moral dogmática, impide cualquier intento de sostener posiciones éticas diferentes e incluso cualquier iniciativa de diálogos éticos abiertos se ven colapsadas. En suma coincidimos que el individuo tiene la capacidad de controlarse, lo cual revela la importancia de la interioridad del Yo, pero a esta posición agregamos que no se debe descontextualizar al ser humano, porque sino se desvirtúa el análisis de la acción. Diferimos en considerar que sólo exista un principio normativo ético, del que la cristiandad dice ser el garante, porque entre otras cosas, eso ha permitido que detrás de esas normas éticas se impongan los criterios de los grupos de poder y se menosprecien posiciones igualmente valiosas que no responden a esta ortodoxia.

El autor estudiado ha realizado profundas investigaciones sobre el tema de la conciencia y la relación consigo mismo y con el mundo, lo mismo que las consecuencias de las acciones del hombre contemporáneo, pero ese será motivo para un estudio complementario en el futuro.

Notas

1. Este progreso científico-tecnológico es, a veces, ambiguo, puesto que, en nuestro siglo y con su aporte, han muerto millones de personas en guerras, y se sigue construyendo gran cantidad de armas.

2. Cfr. la tesis de licenciatura del autor, titulada "Antropología y ética en Juan Pablo II", Universidad de Costa Rica, 1992.

3. Karol Wojtyła, *Persona y Acción*, tr. Jesús Fernández, Madrid: BAC, 1982, p. 234.

4. *Ibid.*, p. 234.

5. "Reflexiones sobre el significado de la soledad originaria del hombre", *Osservatore Romano* (Vaticano), 4 de noviembre de 1979, p. 3.

6. Wojtyła, *op. cit.*, p. 3.

7. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, Madrid: BAC, 1959, 1, q. 85, a. 2, sol. 3.

8. *Ibid.*, 1, q. 14, a.1.

9. Wojtyła. *Persona y Acción*, p. 259.

10. *Ibid.*, p. 257.

11. Manuel Triana, "El hombre y el misterio de ser", *Revista de Filosofía de Universidad de Costa Rica* 28 (67-68): 88, diciembre, 1990.
12. W. Luypen, *Fenomenología existencial*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé, 1984, p. 282.
13. Cfr. Karol Wojtyła, Max Scheler y la ética cristiana, que es su tesis doctoral en filosofía.
14. Wojtyła, *Persona y acción*, p. 118.
15. Enmanuel Mounier, *El personalismo*, Buenos Aires: Universitaria, 1950, p. 49.
16. Enmanuel, Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo (Personalismo y cristianismo)*. España: Taurus, 1967, p. 251.
17. Wojtyła, *Op. cit.*, p. 70.
18. Karol Wojtyła, Max Scheler y la Ética Cristiana, Tr. Gonzalo Haya, Madrid: BAC, 1982, p. 137.
19. Estas frases conocer y saber no siempre significan lo mismo, así por ejemplo puedo decir, "conozco a Maricel y sé que estudia medicina"; mientras que otra persona puede decir "A Maricel no la conozco, pero sé a quien se refiere". Al respecto Cfr. L. Susan Stebbing, *Introducción moderna a lógica*, p.p. 41-43 y John Hospers, *Introducción al análisis filosófico I*, p.p. 184-200.
20. Discurso del Papa a los estudiantes del congreso "Univ. 80", *Osservatore Romano (Vaticano)*. 13 de abril 1980, p. 2.
21. Wojtyła, *Persona y acción*, p. 124.
22. *Ibid.*, p. 124.
23. *Ibid.*, p. 130.
24. Wojtyła, *Signo de contradicción*, tr. Vicente M. Fernández, 4 ed. Madrid: BAC, 1979, p. 153.
25. Luypen, *Op. Cit.*, p. 298.
26. Cfr. Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, p. 65. "pues bien, es forzoso que estas determinaciones del ser del "ser ahí" se vean y comprendan a priori sobre la base de aquella estructura del ser del "ser ahí" que llamamos el "ser en el mundo".
27. Cfr. Jean Paul Sartre, *El Ser y la nada*, p. 544. "Decir que el para - si tiene de ser lo que es, decir que es lo que no es no siendo lo que es, decir que en él la existencia precede y condiciona la esencia, o inversamente, según la fórmula de Hegel, que para él "Wesen ist was gewesen ist", es decir una sola y misma cosa, a saber: el hombre es libre".
28. Cfr. José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, p.p. 67-68: "El Mundo es la maraña de asuntos o importancias en que el Hombre está, quiera o no, enredado, y el Hombre es el ser que, quiera o no, se halla consignado a nadar en ese mar de asuntos y obligado sin remedio a que todo eso le importe".
29. Jean Lacroix, *Marxismo, existencialismo, personalismo*, Tr. Ramón y Angles Bayes (Barcelona: Fontanella, 1962), p. 109.
30. André Frossard, "¡No tengáis miedo!": André Frossard dialoga con Juan Pablo II, Tr. Ana M^a de la Fuente y J. Ferrer Alen, Barcelona: Plaza y Jánés, 1982, p.p. 103-104.
31. *Ibid.*, p. 103.
32. Wojtyła, *Persona y acción*, p. 165.
33. Frossard. *Op. cit.*, p. 104.
34. Karol Wojtyła, *Op. cit.*, p. 163.
35. Al respecto se puede suponer una posición similar al eudemonismo aristotélico, aunque el Estagirita considera que la felicidad como valor absoluto, consiste en la contemplación de lo racional y de la verdad, lo cual, es lo propio de los hombres que hacen filosofía, quienes acceden a este ejercicio por el tiempo de ocio garantizado fundamentalmente por su posición económica y social. En este sentido, tómesese en cuenta lo expresado por Aristóteles en la *Introducción a la Metafísica* "Es, pues, natural que quien en los primeros tiempos inventó un arte cualquiera, separado de las sensaciones comunes, fuese admirado por los hombres, no sólo por la utilidad de alguno de los inventos, sino como sabio y diferente de los otros, y que, al inventarse muchas artes, orientadas unas a las necesidades de la vida y otras a lo que la adorna, siempre fuesen considerados más sabios los inventores de éstas que los de aquellas, porque sus ciencias no buscaban la utilidad. De aquí que, constituidas ya todas estas artes, fueran descubiertas las ciencias que no se ordenan al placer ni a lo necesario; y lo fueron primero donde primero tuvieron vagar los hombres. Por eso las artes matemáticas nacieron en Egipto, pues allí disfrutaba de ocio la carta sacerdotal." (*Metafísica*. Madrid: Gredos, libro 1, 1, 981b.)
- Sin embargo, en el mismo Aristóteles se puede resaltar, que el acceso a la felicidad (como bien relativo), es propio de todos aquellos que orienten su vida correctamente "siendo esto así, decimos que la función del hombre es una cierta vida, y ésta es una actividad del alma y unas acciones razonables, y la del hombre bueno estas mismas cosas bien y hermosamente, y cada uno se realiza bien según su propia virtud; y si esto es así, resulta que el bien del hombre es una actividad del alma de acuerdo con la virtud, y si las virtudes son varias, de acuerdo con la mejor y más perfecta, y además en la vida entera". (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, España: Gredos, libro 1, 1098a).
36. Wojtyła, Max Scheler y la Ética Cristiana, p. 205.
37. Wojtyła, *Persona y Acción*, p. 192.
38. Juan Pablo II, "Carta apostólica con ocasión del año Internacional de la Juventud", en *Encíclicas y otros documentos*. V. II, Costa Rica: Asociación Libro Libre, 1986, p. 222.
39. Wojtyła, Max Scheler y la Ética cristiana, p. 55.
40. *Ibid.*, p. 56. Cfr. Nuevo Testamento Mt. 5, 48; 12, 50; Ef. 6, 6; Col. 3, 23.
41. Wojtyła, *Signo de contradicción*, p. 22.
42. *Ibid.*, p. 230.